

El otro mercado de los guajiros

Cooperativas asentadas en la zona de Meneses contribuyen con sus producciones a la alimentación en las instalaciones que están en función de la covid en Yaguajay

José Luis Camellón Álvarez

Por estos días en Meneses no hay tema de conversación que desplace a la covid; en cualquiera de sus barrios se respira un ambiente de preocupación y, para ser justo, se extraña la tradicional aglomeración que adornaba en otros tiempos la calle principal. Se habla de casas donde ningún familiar escapó al contagio, de la ambulancia que demora, del test o el PCR para confirmar la enfermedad que tiene en puro susto a mucha gente.

Entre tanto recogimiento y tensión, hay otros pobladores que viven el desvelo de la pandemia desde otro frente: el aporte de alimentos. Son los nuevos mercados que tienen las cooperativas asentadas en la zona, cuyas producciones contribuyen a garantizar suministros a los centros de aislamiento habilitados en función de la covid, allí o en otros lugares de Yaguajay.

NADIE ME HA PEDIDO QUE LO HAGA

Arturo García Delgado, integrante de la Cooperativa de Créditos y Servicios (CCS) Guillermo Moncada, en Meneses, conoció en septiembre del 2020 los dramas de la covid, cuando se vio involucrado en el evento de transmisión que surgió en el hotel Costasur, en Trinidad. De allí toda su familia vino para un centro de aislamiento en las afueras de Yaguajay, y pasaron a las estadísticas entre las primeras personas aisladas en ese municipio.

“Me bastaron los 14 días para entender el esfuerzo que se hace en Cuba para enfrentar la pandemia, aquello me conmovió, porque se trataba de toda mi familia y nos atendieron bien en todos los sentidos, incluida la alimentación. Allí mismo dije que cuando saliera del aislamiento iba a buscar la manera de cooperar dentro de mis posibilidades y gratuitamente con estos centros; nadie me ha pedido que lo haga, es una decisión mía”, relata Arturo García.

“De ahí nacieron mis donaciones a esos lugares, a los pocos días del alta doné un puerco para el centro y luego, cada vez que tengo posibilidades, contribuyo. Como el que más cerca me queda de la finca es el centro de aislamiento situado en el campismo Bamburanao, he concentrado las entregas allí, aunque he llevado a otros como playa Vitoria; te hablo de cinco donaciones, entre 20 quintales de viandas, un quintal de frijoles, puercos y carneros, alimentos de mi autoconsumo, porque mi línea principal de producción es la ganadería”, suscribe el campesino.

La ayuda de Arturo, reconocido como Vanguardia Nacional dentro de las filas de la Asociación

Nacional de Agricultores Pequeños, traspasa los límites formales de la pandemia y, recientemente, entregó de forma gratuita carne de cerdo para el Hogar de Niños Sin Amparo Familiar, de Sancti Spíritus.

“Como soy ganadero y sobrecumplí mis planes, estoy autorizado a matar animales, entonces tengo proyectado hacer una donación de carne de res a los centros de aislamiento; siempre que pueda lo seguiré haciendo, porque ya estuve ingresado una vez y puedo volver, pero otras personas también lo necesitan. Además, reconozco que para el Estado es un desafío alimentar a tantos ingresados”, reafirma.

COOPERATIVA ENYUGADA A LA SALUD

Con el encargo principal de autoabastecer a los consumidores de Meneses, a la CCS Antonio Maceo la pandemia le deparó desde el inicio del 2021 un nuevo cliente: el policlínico de la localidad, instalación en la que se habilitó hace poco un centro de aislamiento, cuyo surtido alimentario asume la cooperativa en los renglones de viandas, hortalizas y frutales, al vender directamente a Salud.

Además de la entrega de manera regular por la CCS, algunos campesinos a título personal han hecho donaciones de comida a este y otros centros del municipio, destaca Gerardo González Álvarez, presidente de esa entidad agropecuaria.

No obstante, los aportes de la base campesina trascienden el abastecimiento alimentario al asumir como propias otras necesidades de Salud en la comunidad.

“A raíz de este vínculo con el policlínico identificamos que tiene problemas con la lavandería para asimilar la cantidad de ropa que se higieniza allí diariamente, entonces estamos localizando en la red comercial en divisa una lavadora con secadora para comprarla y donarla a esa instalación, un gesto que involucra a algunos productores y a la cooperativa; sabemos que eso será de mucha ayuda”, declara González Álvarez.

A raíz de la pandemia, a la CCS le asignaron atender el Consultorio No. 5. “Casi es ya una instalación más de la cooperativa —asegura su presidente—, trabajamos muy unidos a los médicos apoyándolos en su trabajo de terreno. Realmente, cuando les pedimos su aporte a los productores siempre han estado dispuestos a ayudar. Incluso, tenemos campesinos aquí en Meneses que son cocheros y ellos regularmente cobran, pero los hemos ocupado en funciones de la pandemia, por ejemplo, llevar un médico a ver un paciente a la casa, entonces nos dicen: No, para la covid yo no cobro”.



La covid cambió de un día para otro las rutinas de los pobladores de la isla, que debieron “blindar” sus rostros con caretas y nasobucos. /Foto: Vicente Brito

Momentos de una pandemia

A la vuelta de los años, la actual batalla contra la covid en Sancti Spíritus y en Cuba será recordada por las crónicas de vida que se han escrito con entrega, sensibilidad y sacrificio

Delia Proenza Barzaga

Los que logren sobrevivir, los que un día, dentro de muchos años, lean o escuchen la historia, deberán saber: ¿cómo fue la vida en el Sancti Spíritus y en la Cuba de estos años? ¿De qué forma lidiamos con un enemigo mortal e invisible que se movía minúsculo por el aire? ¿Quién atendió a los enfermos? ¿Por qué la gente no se volvió enemiga de sí misma?

Los pasajes de la pandemia durante este más de año y medio con casos de covid en Cuba muestran una epopeya al estilo de la *Iliada*. Hubo hombres y mujeres, se dirá, en una batalla cuyo escenario podía ser cualquiera, pero, por armas, tan solo mente y corazón; y en lugar de escudos, mascarillas.

No ha habido por acá hogares de ancianos con muertes masivas, ni viviendas donde los cadáveres aparecen al cabo de los días, por el olor; ni muertos tirados en las calles. Hay un frente de guerra con muchos bastiones: el barrio, el consultorio médico de la comunidad, el hospital, el policlínico, la escuela más cercana, el centro laboral convertido en vacunatorio...

Han sucedido hechos lamentables, sin precedentes por acá: enfermos en los domicilios cuando los hospitales y centros de aislamiento no bastaron; medicamentos en déficit o demorados; contagiados sin diagnóstico ni tratamiento; personal sanitario que, en su desesperación, ya no sabe qué más hacer; exhumaciones y entierros a cualquier hora, porque los muertos hay que sepultarlos durante la jornada.

En mayor medida se ven actos grandiosos: gente, mayormente del sector sanitario, pero también de otros estratos de la sociedad, entregando corazón y vida para que los enfermos, o sospechosos de estarlo, tengan lo que pueda garantizarles bienestar. Parte de ellos ya no están, porque murieron en el empeño o después de salir victoriosos —a veces durante sus servicios en otros pueblos—, tras contagios por la pandemia.

Hubo maestros, profesores, entrenadores deportivos, trabajadores bancarios, de la comunicación o la cultura, u otros, habilitando los colegios, que se

quedaron huérfanos de niños, adolescentes y jóvenes durante meses y más meses, y dieron cabida a enfermos por el SARS-CoV-2, o a ciudadanos sanos que acuden a vacunarse.

Y hay manos —¡muchísimas!— que administran las vacunas producidas en un lapso impensado, porque la ciencia y los científicos se entregaron y se entregan, sin reservas, al encargo de salvar a quienes habitan el país y más allá. Y en cuestión de pocos meses se ha avanzado mucho en la inmunización de la población.

Los que ahora no comprenden o vendrán después sabrán que han sido tiempos dolorosos, de enormes privaciones, pero también de tácticas para distribuir lo que tenemos, en medio de una economía desangrada, con la intención de preservarnos. También de solidaridad, cuando pueblos amigos han hecho llegar a los cubanos envíos de comida, medios de protección para la lucha contra la enfermedad y medicinas que escasean más que todo y existen oportunistas que las venden a altos precios.

Pero, sin duda, la esperanza aflorará, a modo de retrospectiva, en fotografías y videos. Deberá haber quien cuente cómo los niños salvaron su alegría, enseñaron a los adultos y jugaron, de un patio a otro, de una terraza a otra, con los niños vecinos. Y crecieron en casa, antes y después de aquellos tres pinchazos salvadores, en que querían jugar, pero tenían que contentarse con una probadita de la amistad que los unía.

Con el dolor de los muertos y el consuelo (o el desconsuelo) de los vivos, vendrá un después. Alguien relatará que hubo años de pandemia, con parte de la vida detenida en ellos, con moralejas de espanto o de encanto. Con gente que, a pesar de todo y aun sin conocerse, se ayudó, proveyó de lo que tenía para que otros sanaran, empleando las tecnologías de la comunicación.

Justo será decir que hubo un coronavirus de terror. Una pandemia sin par en el siglo XXI. Un mundo al revés. Una Cuba y un Sancti Spíritus enfermos, casi agonizantes. Que hubo gente que se echó a cuestras las heridas de todos y salvó el porvenir.



La donación de comida a los centros de aislamiento de la provincia ha sido una práctica de los productores espirituanos. /Foto: Facebook